

DISERTACIÓN DE  
DON FRANCISCO JAVIER ERRÁZURIZ T.\*  
CON OCASIÓN DE LA IMPOSICIÓN POR  
EL GOBIERNO DE VENEZUELA DE  
LA ORDEN ANDRÉS BELLO  
—NOVIEMBRE 1990—

Señores embajadores

Señores ministros

Señor Ministro del Trabajo de la República de Venezuela

Señores autoridades de Gobierno

Señores miembros del cuerpo diplomático

Señores parlamentarios

Señores rectores de universidades del país

Señoras, señores

Con especial orgullo y satisfacción he recibido hoy la Condecoración Andrés Bello, en su Primera Clase, la que me ha sido impuesta por la hermana República de Venezuela. Esta Banda de Honor en el más alto grado, que lleva el nombre del padre de mi tatarabuelo, embarga mi corazón de emoción, y mi espíritu de nueva responsabilidad para hacer honor a la distinción que ella importa.

Por eso, no podía dejar pasar esta ocasión sin intentar el aporte de un grano de arena en la gran tarea de ese insigne venezolano que se avecindó en nuestras tierras en 1829, tomando nuestra nacionalidad por gracia. Aquí fue donde don Andrés Bello —hace ya más de 147 años—, fundó esta Universidad, la Universidad de Chile, de la cual fue su primer Rector, cargo que ocupó hasta el fin de sus días. Aquí también redactó nuestro Código Civil; aquí fundó lo que fueron las bases del Derecho Internacional Latinoamericano; aquí publicó su clásica obra que llamó la “Gramática de la Lengua Castellana destinada al uso de las Américas”; aquí también —en Chile—, estableció en su notable libro, los “Principios de la Ortografía y Métrica de la Lengua Castellana”; aquí Bello se abocó a la ciencia y a la poesía, aquí fue

\*Empresario y ex candidato a la Presidencia de la República.

elegido y reelegido por tres períodos Senador de la República; aquí, en estas tierras, también, don Andrés Bello dio expresión a su pasión americanista.

¡Sí, mis amigos! La obra de Bello significó para Chile el primer gran impulso a la cultura y humanismo que trascendió nuestras fronteras y distinguió a nuestra Patria durante todo el siglo pasado, no sólo en el orden del derecho, la juridicidad y las ciencias, sino que también en el orden político y democrático, entregando a Chile un rol de liderazgo como nación rectora en los destinos de nuestra América Latina.

Siguiendo ese ejemplo de Bello y obedeciendo al llamado de la hora actual—vencidos ya los ideologismos y añejos dogmatismos del ayer—, corresponde ahora dar un nuevo y trascendente paso histórico.

En el mundo se conforman grandes conglomerados de naciones y Latinoamérica no puede permanecer ausente de ese imperativo del mañana.

¡Sí, distinguidas autoridades, diplomáticos, empresarios y amigos todos que me escucháis!

La organización creada por España para la administración de sus colonias; las artificiales divisiones que obedecieron a realidades de hace ya medio milenio; las naciones, los Estados que orgullosos conformamos esta Latinoamérica—todos unidos por una religión, raza, lengua y cultura comunes—, debemos integrarnos, sin demoras ni disculpas.

¡Ese es el llamado del siglo XXI que ya se avizora! ¡Esa es la tarea de hoy, la que hoy debemos emprender!, pero no sólo con discursos, convenios y acuerdos a niveles de Gobierno o Diplomáticos, sino que como misión de los hombres de trabajo y de empresa de nuestra generación, y para nuestros hijos.

¡Basta ya entonces de retórica! ¡Basta ya de fracasos explicados tan sólo en el anhelo romántico—si bien visionario—, de quienes ayer soñaron con la integración de nuestros pueblos! Corresponde hoy a los empresarios—a la gente que sabe emprender, que sabe crear, que sabe realizar—, transformar en realidad ese profundo deseo de unidad.

Como candidato independiente a la Presidencia de Chile, impulsé e hice míos estos ideales de Integración Latinoamericana. La Concertación ignoró el tema. El candidato de la derecha rechazó estos planteamientos, arguyendo que en su opinión no podía ni debía integrarse Chile con naciones que no tuvieran un grado de desarrollo económico similar al nuestro. Pero

el tiempo —antes de lo pensado—, ha venido a centrar esas posiciones, y hoy ya nadie discute la imperiosa necesidad de unirnos.

Por eso, celebro los Convenios y Tratados de Integración y Complementación Económica suscritos recientemente por Chile con hermanas naciones latinoamericanas. También aplaudo el cambio experimentado por sectores políticos que ahora —a través de sus más altos personeros—, valorizan adecuadamente las ventajas que para todos significa la unión de nuestros pueblos.

Es verdad que el proceso de integración de nuestras economías llevado a efecto en las últimas tres décadas —desde que fuera lanzada la idea del Mercado Común Latinoamericano a fines de los años 50—, se ha expresado en diversos modelos institucionales que no han logrado el éxito. Pero también es cierto que el avance de la integración fue siempre un proceso más estatal que de empresa privada, alianza que fue condicionada por restricciones externas que no resultaron favorables.

Y la concreción de estos anhelos integracionistas en poco o nada fueron ayudados por un esquema de desarrollo cerrado, que buscó la industrialización a través de la sustitución de importaciones y de altos aranceles; o con la asignación arbitraria de producciones entre países que, efectuada por funcionarios públicos, ignoró las ventajas comparativas de cada uno de nosotros. Y el reciclaje de petrodólares, la liquidez que éste significó y que sirvió para satisfacer demandas largamente postpuestas de nuestros pueblos; como así también el problema de la alta deuda externa que esa circunstancia generó —y que ha entrabado nuestro desarrollo—, constituyeron obstáculos adicionales para el éxito de unidad perseguido.

Pero hoy ese contexto externo ha cambiado, y no puede ser más favorable.

Incluso la deuda externa que con severidad aflige a nuestros pueblos, representa por primera vez en la historia un problema en común que enfrentar, pues en el pasado sólo compartimos riquezas y expectativas de esplendor futuro. Y es sabido que es más fácil unirse ante las dificultades, ante los desafíos, ante la adversidad, tan fácil como difícil es integrarse al enfrentar la tibia comodidad de la protección del poderoso, o del triunfo pasajero que adormece el espíritu innovador.

Hoy en día el mundo se agrupa en grandes conglomerados. Europa el año 1992, cuando se cumplan 500 años del descubrimiento de América, será

ya una sola y gran nación, hasta con una moneda en común. Los EE.UU., Canadá y México, avanzan presurosos en la integración de Norteamérica. En Asia sucede otro tanto.

En Latinoamérica, en cambio, todavía estamos balbuceando nuestros primeros acuerdos de asociación, influidos aún por los fracasos del Pacto Andino y de otros intentos de unión comercial que ninguna relación guardaron con una verdadera integración. El Acuerdo de Cartagena que entre arbitrarias y estatales asignaciones de recursos pretendió cerrar nuestras fronteras comunes al avance de nuestra inserción en el mundo exterior, es un buen ejemplo de lo que afirmo. Pero estos errores, no son ni pueden ser razones valederas para dejar de promover una verdadera Integración Latinoamericana, pues en un contexto de unión mundial y formación de grandes conglomerados y megamercados —si no nos unimos—, el mundo se unirá sin nosotros.

Y es esa, la verdadera integración, la que debemos propiciar, explicándosela a nuestros pueblos —a nuestra juventud—, las clases sociales y transformándola en el ideal a conquistar, en el desafío de los años venideros. Allí deben estar puestos los jóvenes ojos de nuestros hijos y no en el pasado, no en los lamentos, críticas y recriminaciones mutuas.

Una verdadera Integración Latinoamericana debe encontrar fundamento en el libre intercambio no sólo político y cultural, sino que fundamentalmente económico. Por eso estimo que éste debe hacerse sobre la base de ninguna barrera paraarancelaria, y sí de un arancel igual a cero. Y en lo externo, opino que el nuevo Mercado Común debe regular sus relaciones con el resto del mundo en base a un arancel bajo, pero negociado sobre la base de la reciprocidad y el respeto mutuo con los demás bloques que hoy se conforman en el mundo.

Si no nos unimos, si la Integración Latinoamericana no es una realidad, la negociación individual de nuestros pueblos con los grandes megamercados, evidentemente, no será exitosa. En cambio todos juntos, podríamos representar una de las más importantes economías potenciales del orbe no sólo por nuestros 377 millones de consumidores o demandantes, sino que también y, especialmente, por nuestra riqueza y producción, indispensables para el normal abastecimiento de esos enormes conglomerados que hoy en día se perfilan como realidad cierta en el futuro próximo del planeta.

He repetido muchas veces que Chile, al igual que los demás pueblos latinoamericanos, no es pobre. Por el contrario, somos muy ricos y nuestra

pobreza que sí existe, deriva tan sólo de no haber sabido en el pasado gobernar bien nuestra riqueza.

¡Ese es nuestro drama! ¡El de no saber administrar la enorme riqueza que Dios nos entregó! ¡Y esta es la causa de nuestra pobreza!

Lo que afirmo, no es un decir. No es una frase impactante. Es una triste pero cierta realidad. Trataré de explicarme.

El origen de nuestros problemas deriva de esas enormes, pero desequilibrantes riquezas que cada uno de los pueblos latinoamericanos exhibimos con orgullo. Pero éstas, sufren de ciclos que son connaturales a las economías libres. El alza del precio del cacao, del petróleo, de los cereales, del cobre, o, en fin, de cualquiera de estas producciones, crean en nuestros países temporales sensaciones de abundancia y bienestar. Pero cuando los precios bajan siguiendo los vaivenes que les son propios, entonces, las crisis económicas y los ajustes recesivos repiten esos ciclos económicos con iguales ciclos políticos y sociales.

Y esas variaciones crean inestabilidad, alejando así los recursos financieros indispensables para continuar nuestro desarrollo y crecimiento. Los ejemplos de esta situación en Chile, son claros: ayer con el salitre, hoy con el cobre.

Pero existe un segundo fenómeno que se deriva del crecimiento de estas enormes riquezas y de sus ciclos de precios. En efecto, al igual que un árbol prepotente, que al crecer inhibe a las demás especies su desarrollo —impidiendo la competencia de éstas por luz, agua y sol—, lo mismo ocurre con las otras potenciales producciones de nuestros países. Éstas no prosperan, afectadas por los ciclos de la riqueza primera, que puede ni siquiera ser la más importante. Y así, el exceso de divisas por aquella generado, presiona a la baja en el valor del cambio, inhibiendo el desarrollo de nuestras nuevas potencialidades.

Es preciso entender en toda su profundidad la causa del problema que empobrece a los países que siendo ricos, son pequeños o de menor población relativa. He invertido años estudiando y pensando este fenómeno, que explica también por qué las economías latinoamericanas se han ido haciendo cada vez más claramente monoproductoras. Y la solución del problema es una sola: La Integración Latinoamericana.

Si hubiésemos ya implementado un Mercado Común, si nos hubiéramos unido, nuestra realidad sería del todo diferente.

Los llamo a reflexión. Hagamos un ejercicio intelectual. Tomemos a los Estados Unidos de Norteamérica, y transformémoslo en los Estados “desunidos” de Norteamérica. Entonces, cada uno de esos Estados tendrá ciclos de precios diferentes, variaciones que hoy en día no se advierten. Un Estado tendrá los ciclos del precio del petróleo, como Venezuela o Ecuador; otro Estado tendrá los ciclos del cobre, como Chile; y un tercero —tal vez Minnesota—, sufrirá los ciclos de los cereales, como le ocurre a Argentina. En cambio, todos esos Estados —unidos—, al conformar una gran nación, compensan sus ciclos de precios —unos con otros—, y logran un desarrollo equilibrado, estable y sostenido en el tiempo. Y éste, a su vez, hace posible el surgimiento de nuevas producciones y riquezas, las que crecen con segura estabilidad.

La Integración Latinoamericana, por lo tanto, no es sólo una idea romántica. Es una necesidad económica si queremos crecer y desarrollarnos de verdad, logrando también equilibrio político y social.

Dejemos entonces en el pasado la errada estrategia de “desarrollo hacia adentro”. Confiemos en el Mercado como ente asignador de recursos. Pero sobre todo, en el sector privado como motor del desarrollo futuro. No nos dejemos influir por añejos Acuerdos de Integración que en su concepción estatista, olvidaron que la imaginación y capacidad creadora se encuentra en los individuos, y no en el Estado que los representa. Demos prioridad a aspectos tan relevantes como son la movilidad de los factores productivos, que es probablemente donde radica el mayor éxito del Mercado Común Europeo, y que —en las experiencias latinoamericanas—, ha constituido una de las trabas más importantes para traspasar capital financiero, físico y humano hacia los países donde dichos factores resulten más rentables.

Pero no por hacer lo dicho, dejemos de mantener también nuestras economías abiertas al exterior. Al revés: Continuemos incorporándonos al mundo, pues la Integración Latinoamericana no es alternativa ni puede ser obstáculo para esa tarea prioritaria. Por el contrario, debe ser un vehículo eficiente para nuestra inserción en la comunidad internacional. Debe ser una forma más para el logro de ese propósito.

El comercio latinoamericano, la suma de nuestras exportaciones e importaciones con el mundo —de acuerdo a las últimas estadísticas—, supera los 146 mil millones de dólares. Sin embargo, el intercambio entre nosotros alcanza apenas a poco más de 17 mil millones de dólares. Es decir, únicamente el 11% de nuestros negocios con el saldo del mundo.

El potencial de crecimiento, entonces, es enorme. Y para transformar en realidad nuestro megamercado que superará los 400 millones de personas productoras y demandantes cuando celebremos en 1992 medio milenio del descubrimiento de América, deberemos hoy impulsar también la integración física, pues la ausencia de caminos y vías de intercambio es tan patética, que si hoy por ejemplo deseamos embarcar productos a Venezuela o México, sólo podremos hacerlo 4 veces al año y en un solo barco, salvo que exportemos a Miami en los EE.UU., y de ahí a las hermanas repúblicas latinoamericanas.

¿Es razonable que debamos seguir enfrentando este aislamiento que es una especie de bloqueo económico? ¿O lo es tal vez mental?

¡Pero no es todo! Latinoamérica es el único futuro megamercado que, a diferencia de los demás, produce el doble del petróleo que consume. ¡Sí! De una producción anual de 3.129.000 toneladas, Latinoamérica provee el 10,7%, es decir, 335.000 toneladas de crudo, mientras nuestro consumo actual alcanza a la mitad de esa cifra. Y es bien sabido que la energía derivada del petróleo, elemento escaso en nuestro días y razón principal de desequilibrios en la economía mundial, es el fantasma que se cierne sobre el desarrollo futuro del mundo. Las repúblicas latinoamericanas unidas en cambio, no sólo son hoy autosuficientes, sino que su crecimiento futuro puede más que duplicar los requerimientos actuales, sin riesgo de colapso en las necesidades de este vital elemento energético.

La liberalización del mundo, la libertad de los espíritus que ha terminado por hacer caer los ideologismos, los dogmatismos, los muros de separación entre los hombres, debe ser también la razón principal de unión de nuestros pueblos y de la reforma del orden político internacional que hoy se funda en conceptos de paz y cooperación, y no de enfrentamiento o guerra. La sola disminución en nuestros comunes gastos de defensa, destinando esos recursos a prioridades sociales y de crecimiento económico, más que justifica el anhelo integracionista americano.

El legado de don Andrés Bello, la influencia de Chile en el orden cultural que emanó de su obra, debe hoy ser expresado también en el ámbito económico. Y esa es, fundamentalmente, tarea y misión de los empresarios y de los hombres de trabajo, no sólo de nuestra Patria, sino que también de todos nuestros pueblos.

Pensando así, me he sentido motivado a crear lo que he llamado “Fundación para la Integración Latinoamericana Andrés Bello”. Esta institución —sin fines de lucro— perseguirá con visión privada, con mentalidad de libre

empresa y liderada por personas que crean en esos ideales, la unión cultural, económica y social de nuestras naciones. Estamos seguros que es el mejor camino para el logro de nuestros propósitos integracionistas.

Organizaciones empresariales de los países de nuestra América Latina han comenzado ya a dar favorable respuesta en todos y cada uno de los contactos intentados. Ellas han acogido nuestro llamado expresándonos que están llanas a organizar en sus países Fundaciones para la Integración Latinoamericana similares a la iniciativa chilena que hoy anunciamos, pues esta bella y trascendente tarea debe ser también asumida en otros países y en el rol que corresponde —por hombres de empresa—, es decir, por quienes hemos sabido demostrar con hechos ciertos nuestra vocación de crear.

En Chile —en nuestra Sede—, mantendremos una base de datos computacionales que incluirá todo el comercio e intercambio de nuestras naciones, de manera que cualquier interesado podrá consultar directamente cuanto desee respecto de lo que los demás países compran o venden, los volúmenes de su intercambio, los precios de sus transacciones, y la oferta o demanda potencial existente. Estamos convencidos de que este sólo hecho, esta sola iniciativa, significará un impulso importante para el Mercado Común, para el término de las barreras que nos impiden la unión y, sobre todo, para el indispensable conocimiento mutuo que hace posible el éxito sobre el cual se funda la verdadera unión.

Apoyaremos también la integración cultural, política y social de nuestras naciones. En lo político, impulsaremos la formación de un Parlamento Latinoamericano que realmente opere, conformado por los representantes designados por cada uno de los Parlamentos y Congresos de elección popular existentes en nuestras naciones. Deseamos que ese Parlamento de todos, se aboque al estudio y proposición de la legislación que haga posible el rápido tránsito hacia una futura integración política que, complementada con la económica y fundada en principios liberales, transforme y proyecte a nuestro continente en lo que siempre fue. Es decir, el “Nuevo Mundo”.

Invitamos desde ya a los pueblos anglosajones de América a unirse a esta iniciativa. Y aceptamos gustosos el desafío del Presidente de los EE.UU. para transformar mañana la “Integración Latinoamericana” en la “Unión de las Américas”.

¡Ese es mi llamado de esta tarde! ¡Un llamado de futuro! ¡Un llamado de esperanza! ¡Un llamado de mañana! ¡Sí! ¡Un desafío para la generación

presente que debe hacer posible transformar en nuestro, y legar a nuestros hijos, el porvenir que reclaman de nosotros!

A todos ustedes —amigos míos— gracias por su cálida compañía de esta tarde. Y al Presidente de la República de Venezuela, don Carlos Andrés Pérez, y a su Gobierno en especial a su Embajador don Ignacio Arcaya que con brillo y visión representa y proyecta a su Patria en la nuestra; agradezco en todo lo que vale el honor y distinción que importa la condecoración Andrés Bello en su Primera Clase, Banda de Honor que, aunque no siempre lleve en mi pecho, permanecerá siempre aquí, ceñida a mi corazón de chileno, descendiente de venezolano.

Muchas gracias mis amigos.